

“IR A LOS TOROS”: LA INTIMIDAD ESPAÑOLA DE LAS TORADAS

Sofia Porto Bauchwitz

(Licencianda em Artes Visuais pela UFRN, Bolsista de Iniciação Científica CNPq/PIBIC)

RESUME

La siguiente presentación intenta exponer la intimidad española analizando una de sus más arraigadas tradiciones: las toradas. Acompañando algunas reflexiones de pensadores que teorizaron sobre el tema, como José Ortega y Gasset, y comentarios como los de José Carlos Arévalo, así como los ejemplos históricos, como Manolete, la comunicación caminará hacia los toros y el espíritu de las toradas.

Palabras-clave: Intimidad española, Manolete, Ortega y Gasset y Toradas.

ORTEGA Y GASSET: UNA INTRODUCCION A LOS TOROS

En el séptimo capítulo de su libro *Una interpretación de la Historia Universal*, el lector de Ortega y Gasset se encontrará con un curioso dato. En la mitad del capítulo el autor defiende los toreros de lo que él llama “sabandijas periodísticas”, que en la ocasión habían publicado críticas a un curso de Ortega. Él dijo que ellos, los periodistas, “(...) han creído que podrían desacreditar estas lecciones y denigrar este auditorio notificando que a ellas asisten toreros.” (ORTEGA Y GASSET, 1962:120) Está claro que Ortega, por menos “aficionado” que fuera a las corridas de toros, respetaba ante todo la figura del torero y buscaba estudiar en serio el toreo. Nos dice, no sin pedantismo, pero del bueno, que entre todos los conocedores de las corridas, el que más sabía y el que más ha estudiado a fondo su historia ha sido, no otro que él mismo. En sus propias palabras:

“Y que me atrevo a decirlo a todo riesgo, va probado por el hecho de que ahí está sentado y escuchándome mi grande amigo José María Cossío, egregio escritor, hombre de ciencia, el mejor conocedor de cuantos documentos hay referentes a la tauromaquia y, sin embargo estoy seguro que él, más que nadie y con más fundamentos que nadie, está dispuesto a reconocer que si hay alguien en el mundo que sepa de verdad lo que es el toreo –esa bicentenaria realidad histórica española-, ese alguien resulto ser yo.” (ORTEGA Y GASSET, 1962:122)

Pocos fueron los intelectuales que se interesaron por las corridas. En la época de Ortega no los había, incluso se nutría un verdadero antitaurinismo. Si de verdad fue Ortega el gran intelectual del toreo, no se sabe. Antes de publicar su gran obra al respecto “Paquirro... o de las corridas de toros”, murió, dejándonos a todos sin respuestas y con muchas preguntas. Pero lo que sí dejó Ortega en sus escritos fue la necesidad, que él veía, de analizar toda forma de arte y cultura, de que haya más trabajos intelectuales al respecto. Con eso se quiere decir, que no es suficiente permitir que existan las cosas, de la manera que existen. Hay que haber curiosidad y ese trabajo de pensar:

“(...) es la misión del intelectual, hacerse cuestión de lo que por si no parece cuestión sino lo más natural del mundo-, ninguno se había preguntado qué es en su sustancial realidad eso de las corridas de toros, por qué hay en España corridas de toros en lugar de no haberlas, cuándo comienza ese extraño hecho –pues ni esto siquiera se había nadie preguntado- y por qué comienza a haberlas precisamente en esa fecha, que, según mis cálculos, más complicados de lo que sería presumible, fue en torno a 1728. A un comportamiento así, ustedes juzgarán si es o no adecuado, yo lo llamo dos cosas: impiedad y estupidez –falta de gratitud y

falta de apetito auténticamente científico.”(ORTEGA Y GASSET, 1962:123)

Cuando Ortega dice que los españoles “tampoco saben lo que es un torero, pues saber, lo que se llama saber lo que es el toreo no lo sabe en España, y por ende en el mundo, más que yo.”, nos hace el camino hacia ese entendimiento mucho más largo. Para nosotros, brasileños, que de “ir a los toros” entendemos tan poco, por más a gusto que quedemos en tierras ibéricas no vivimos nunca esa intimidad. Pero espero acercarnos, un poco que sea, a esa realidad, y para eso es importante explicar que es eso, a final, del toreo.

LA CORRIDA

La corrida está dividida en tres partes. En la primera, el torero lleva el **capote**, y con él debe comprobar la bravura y demás cualidades del toro. Después sigue con la **muleta**, que antes era blanca y hoy es roja. Es en este tercio que se produce la faena, el torero debe entonces probar su valentía. Por fin viene la **estocada** y se mata el toro.

El ritual, que es la corrida, cambia de sentido con el pasar de los años. La forma tradicional se conserva, pero esconde cambios significativos que pocos son capaces de percibir. Y eso pasa no solo porque de cerca y a los pocos los cambios son diminutos, pero también porque es propio de la sociedad moderna negar su carácter ritualista, su semejanza con los pueblos primitivos. Ortega entendía que uno debía ver la lidia con la mente abierta, sin los acumulos de conocimiento y los posibles prejuicios que se incorporan a la mirada. A eso acrecienta únicamente la idea de paciencia, de tiempo. A todos nos parece, antes de más nada, triste ver morir a un bello animal, pero con el tiempo, con la mente abierta, el verdadero sentido de la corrida nos luce la cara.

Muchos son los artistas que fueron influenciados por las corridas. Los hay en todo el arte: en la pintura, en la literatura, en la música. De Goya a Hemingway. Cada uno representó la fiesta de toros de su época, espejando la sociedad que vivía entonces la lidia. Julio Baroja dice que:

“(…) cada dibujante, grabador o pintor ha visto en el toro un animal, o un ser distinto. En el torero también: lo cual hace pensar en lo difícil que es hallar la esencia del torero en sí, que, por un lado puede dar representaciones de una violencia rayana en lo brutal y por otro algo de un alfeñicamiento o afeminamiento conocidos” (BAROJA, 1984: 9).

Queda claro que no se puede pensar que en España, o en cualquier lugar del mundo, se siente la lidia de forma uniforme. Hay, como siempre los hubo, aficionados y taurófilos. Pero lo que existe en España es la vivencia. Uno vive las corridas queriendo o no: al hacer críticas, al ver la lidia por la televisión o yendo a la plaza de toros. Porque no se huye de los toros, estamos siempre enfrentándonos. Y quizás sea eso lo notable de las corridas: si bien miramos, es una metáfora para la vida misma. Al torear y en la vida se necesita lo mismo: serenidad, disposición, valor, inteligencia, sensibilidad.

Para Gregorio Corrochano el arte de torear consistía en “darle al toro su distancia, verlo venir, aguantarlo y darle salida adecuadamente” (CORROCHANO *apud* MANZANO, 1997:29). Hay que conocer los terrenos del ruedo: el del toro y el del torero. Ese conocimiento es más basado en lo espiritual, que en la práctica. El buen torero sabe sentir el toro, lo conoce, posiblemente mejor que a sí mismo. Ortega lo explica mejor cuando dice que “Torear bien es hacer que no se desperdicie nada en la embestida del animal, sino que el torero la absorba y gobierne íntegra.” (ORTEGA *apud* ARÉVALO, 1984:55).

En fin, la corrida resulta ser una especie de coreografía previamente aprendida por el toro y el buen torero. Lo dos saben sus papeles, que son opuestos: el torero debe burlar al toro y el toro debe destruir al torero. Pero el baile debe ser muy limpio, con todo el respecto.

EL TORO

Juan Ramón Jiménez, poeta e escritor andaluz, señala en *Platero y yo* la esencia del toro.

“En una polvareda, que el sol que asoma ya, toca de cobre, el toro baja, entre las pitas, al pozo. Bebe un momento, y luego, soberbio, campeador, mayor que el campo, se va, cuesta arriba, los cuernos colgados de despojos de vid, hacia el monte, y se pierde, al fin, entre los ojos ávidos y la deslumbrante aurora, ya de oro puro.” (JIMÉNEZ, 1985:126)

Y ya está. Esto es el toro: ser mayor que el campo. Cubrir el horizonte con su perfil. No es un animal, es un icono. Vemos su imagen entre las encinas, en los bares y restaurantes, en las carreteras: hecho de acero y madera o de carne y hueso.

El toro de las corridas actuales es un toro muy distinto del de los años anteriores a 1936. La Guerra Civil española había destruido las ganaderías de toros bravos, impidiendo que se ofreciesen para las fiestas toros mayores de 4 años, que eran robustos y por naturaleza más violentos. El toro de 4 años, es más pequeño, más ágil, pero menos bravío. Los toreros tuvieron entonces que buscar la emoción de la corrida por otras vías: el toreo ganó un aire estético, una coreografía, un bailado. Hasta hoy se mantiene esa edad para el toro, con un determinado peso y otras tecnicidades más.

Es verdad que ver morir a un toro es afligido para todos, pero lo es aún más para el buen aficionado, puesto que el toro es todo para la lidia. Sin él, el torero no alcanzaría su status glorioso. Y vale señalar que sólo un torero puede matar a un toro, que esto quede claro. Solo ese hombre casi divino, tiene el permiso de quitarle la vida al toro. El toro muere por las manos del hombre que ayudó a erigir. Esto no puede ser un asesinato, vean bien, es un rito, un sacrificio.

Aún así, muchos quieren acreditar la idea de tortura. No se tortura al toro, ni se idolatra la idea de tortura en España. Del banderillero no hay de qué hablar: Las banderillas son antes un adorno, que un instrumento de corte. El torero es el mito moderno. Pero existen sí, personajes en las corridas que son muy malquistos por el público, estos son los Picadores.

Son los que, montados a caballos, protegidos por una armadura de metal, están encargados de castigar el toro y de probar su bravura. No son queridos. Antiguamente salían del ruedo bajo un coro de abucheos, el público les gritaba injurias. Aún hoy salen sin mirar al público, con la cabeza baja, casi, podríamos decir, que avergonzados por haber herido a esa bestia tan hermosa. Las toradas estarían mejor sin picadores, pero aún si así fuera, habría gente hablando en tortura.

Muchos opinan que las toradas no tienen sentido, que es una barbarie ver a unos cuantos hombres armados, castigando un animal por 20 minutos antes de matarle. Pues bien, si excluimos la imagen no muy querida del Picador, y del valiente banderillero, nos quedamos con el torero, que no va armado. Durante los dos primeros tercios de la lidia lleva solo una espada de madera. Y al final, cuando debe matar al toro con su verdadera espada, tiene que hacerlo de forma muy limpia, de una sola vez, sin miedo. Tiene que tocar la sangre del toro y hacerlo caer muerto, sin sentir mucho dolor. Debe inmolar al toro, no asesinarlo. Y si no lo hace así, entonces no es un buen torero y la faena anterior no valió de nada, no gana las orejas, y mucho menos el rabo. El público no le aplaude, no hay gloria.

Ortega y Gasset decía en su trabajo sobre la caza, algo muy interesante a respecto del fin, trágico, de la lidia.

“Hay un caso en que la sangre no produce asco; cuando brota en el morrillo del toro bien picado y se derrama a ambos lados. Bajo el sol, el carmesí del líquido brillante cobra una refulgencia que lo transubstancia en joyel.” (ORTEGA *apud* ARÉVALO, 1984:52)

Este animal tan querido por los españoles, al entrar en el ruedo gana nueva apariencia, deja de ser toro, animal herbívoro y rumiante, para ganar una esencialidad nueva, casi que inventada por los hombres. El toro sigue siendo toro, de igual manera el torero sigue siendo hombre. El combate es real, a la vez que ambos pueden morir o vivir. Pero al mismo tiempo al pisar el ruedo ambos están cargados de algo más simbólico y mágico. La sangre se transubstancia, son ya otra cosa.

EL TORERO: MANOLETE

“*Más cornás da el hambre*” es un conocido refrán andaluz. En su época tuvo un sentido: El torero, hombre reconocido por su valentía temía más a la vida, que a las investidas del toro y el dinero que ganaba por su valentía no lo ganaba en una vida tradicional. El panorama actual es otro. Muchos toreros famosos no reciben ninguna cornada de la vida, son jóvenes de familias ricas que escogieron vivir la emoción de la corrida. Pero ninguno de esos jóvenes toreros podrán nunca entrar para la historia. Y la gran justificativa es porque les falta una retórica particular, un toreo autentico que sale de dentro.

En la historia de la corrida de toros moderna algunos fueron grandes toreros: Joselito, Belmonte, Paquiri, Domingo Ortega, Pepe Luíz Vázquez, y otros. Pero aquí solo iremos hablar del mito, del monstruo. De Manuel Rodríguez, Manolete, dueño de los ojos más tristes del ruedo.

Manolete fue torero en el pos-guerra Civil Española por 7 años, en una época en que España quería ver menos matanza y más belleza en los ruedos. Manolete era admirado por su elegancia y verticalidad, y su sencillez en la arena. Sabía dar fantásticos muletazos, “solo con el quiebro de la cintura y el giro de los talones. (...)” (AGUIRRE, 1997:47), mas era pésimo con el capote. Muchos toreros tenían más técnica que él, pero no más hondura y temeridad.

“Se pasaba a los toros a una distancia inverosímil de la taleguilla, una y otra vez, todas las tardes, fueran como fueren, en un palmo de terreno, con un pundonor y una honradez que le llevaron hasta la muerte” (ZABALA DE LA SERNA, 1997:45)

Era antes un torero, no era hombre. Decían que andaba siempre, hasta fuera del ruedo, como si estuviera en la Plaza de Toros, tan grande era su vocación. Parecía haber sido creado por El Greco, con su mirada melancólica y su cuerpo delgado. Pero la verdad es que las glorias ya le estaban cansando y quería verse libre del peso que era jugarse la vida todo domingo ante los ojos de un público muy exigente.

No tuvo tiempo de jubilarse. Murió en Linares, con 30 años, después de ser corneado por “Islero”, un toro Miura. Al mismo tiempo en que le clavaba su espada, “Islero” le clavaba el pitón en el muslo. Casi como si estuviesen esperando ese día, el 28 de agosto de 1947, los dos se matan.

Las crónicas y sospechas sobre el tratamiento que recibió en los hospitales no tienen aquí importancia. Solo vale contar esos pequeños detalles de que se hacen las leyendas. Sus últimas palabras fueron: “ Que disgusto le voy a dar a mi madre!”, “ Don Luis, que no veo.” Y se fue para siempre de esta tierra.

¿Y a final, porque se torea? Eso solo lo sabemos nosotros mortales, imaginándonos en frente a un toro. Imaginándonos con la valentía necesaria para estar en frente a un toro. Imaginándonos en medio al silencio mortal de una plaza llena de gente. En fin, imaginando apenas. La razón no es necesaria.

REFERÊNCIAS

AREVÁLO, José Carlos. Ortega y los toros. **Revista de Occidente** : Toros: origen, culto, fiesta. n. 36 (mai. 1984). Madrid: Revista de Occidente, 1984. pp. 49-60.

BAROJA, Julio Caro. Toros y hombres... sin toreros. **Revista de Occidente** : Toros: origen, culto, fiesta. n. 36 (mai. 1984). Madrid: Revista de Occidente, 1984. pp. 7-26.

BLANCO Y NEGRO : Semanario de ABC. n. 4078. (ago. 1997) Madrid: Prensa Española.

JIMENÉZ, Juan Jamón. **Platero y yo**. 10. ed. Vista Alegre (México): Editores Mexicanos Unidos, 1985.

MAGAZINE : LA VANGUARDIA. (ago. 1997). pp. 28-29.

MANZANO, Emilio. La Fiesta : A vueltas con la vida y la muerte. **Magazine : La Vanguardia**. (ago. 1997). pp. 28-29.

ORTEGA Y GASSET, José. **Obras Completas** : Tomo IX (1960-1962). 1. ed. Madrid: Revista de Occidente, 1962.

ORTEGA Y GASSET, José. Una Interpretación de la Historia Universal. In: **Obras Completas** : Tomo IX (1960-1962). 1. ed. Madrid: Revista de Occidente, 1962.

ORTEGA Y GASSET, José. Sobre la caza. In: AREVÁLO, José Carlos. Ortega y los toros. **Revista de Occidente** : Toros: origen, culto, fiesta. n. 36 (mai. 1984) pp. 49-60.

REVISTA DE OCCIDENTE. Toros: origen, culto, fiesta. n. 36 (mai. 1984). Madrid: Revista de Occidente, 1984. pp. 7-26.

ZABALA DE LA SERNA, Vicente. Manolete : medio siglo de la muerte del mito. **Blanco y Negro** : Semanario de ABC. n. 4078. (ago. 1997) Madrid: Prensa Española. pp. 39-45